

CHARLES ANDRÉ BERNARD

TEOLOGÍA ESPIRITUAL

Hacia la plenitud de la vida
en el Espíritu

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2007

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Traducción de Alfonso Ortiz y Vicente Hernández sobre la 6ª edición, revisada y aumentada de forma definitiva, del original italiano *Teologia spirituale*

© Edizioni San Paolo, Cinisello Balsamo (Milano) 2002

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2007

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563

e-mail: ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1655-3

Depósito legal: S. 1961-2007

Fotocomposición: Rico Adrados S.L., Burgos

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

Polígono El Montalvo, Salamanca 2007

CONTENIDO

<i>Presentación y prólogos del autor</i>	9
--	---

Primera parte

PRINCIPIOS GENERALES: VIDA Y DOCTRINA

Introducción	19
1. La vida espiritual	23
2. Espiritualidad y teología	63
3. La teología espiritual como disciplina científica	87
4. La comunicación de la vida divina	121
5. La vida de la gracia	167

Segunda parte

EL SUJETO DE LA VIDA ESPIRITUAL

Introducción	201
6. Espíritu y sentidos	207
7. La vida afectiva	237
8. La dualidad hombre-mujer	269
9. Las disposiciones personales	303
10. Humanismo sobrenatural	319
11. El hombre pecador	337

Tercera parte

LA REALIZACIÓN DEL DIÁLOGO ENTRE DIOS Y EL HOMBRE

Introducción	361
12. Las mediaciones cristianas	367
13. La acción del Espíritu santo	425
14. La respuesta del hombre: acción y oración	451

Cuarta parte
EL PROGRESO ESPIRITUAL

Introducción	525
15. El desarrollo espiritual	529
16. La dimensión mística	547
17. Conclusión: «Si Spiritu vivimus»	581
<i>Índice onomástico</i>	619
<i>Índice temático</i>	623
<i>Índice general</i>	627

PRESENTACIÓN Y PRÓLOGOS DEL AUTOR

PRESENTACIÓN DE LA EDITORIAL A LA EDICIÓN DEFINITIVA (2002)

Desaparecido de manera repentina el 1 de febrero de 2001, el P. Bernard dedicó los últimos meses de vida a la preparación de la sexta edición de su *Teología espiritual*. En esta última y definitiva revisión, el autor incorporó correcciones y llevó a cabo actualizaciones partiendo del ejercicio de la docencia universitaria y de las experiencias de la vida.

Al presentar al editor su programa de revisión el 24 de octubre del año 2000, dejaba escrito lo siguiente: «Los cuatro primeros capítulos pueden considerarse completamente rehechos, pues sobre el sentido de la teología espiritual y su método han sido incorporadas muchas y novedosas reflexiones. Por el contrario, los capítulos quinto al octavo no han sufrido cambios de relevancia. El capítulo noveno tiene algunas correcciones. Los capítulos décimo al quince y el diecisiete permanecen sin variaciones. El capítulo dieciséis sufre cierta reestructuración con vistas a incorporar mis estudios recogidos en la obra *El Dios de los místicos...* Cuando afirmo que no existen cambios quiero decir que son de poca entidad (por ejemplo, en la bibliografía)».

Este era su proyecto inicial. Mas, en realidad, las modificaciones, las profundizaciones, los añadidos (incluso de varias páginas) fueron muchos más de los que tenía previstos. En concreto, únicamente los capítulos octavo, décimo al décimo tercero, quince y diecisiete no han sufrido correcciones significativas. Y sin embargo, la obra en su conjunto ha sido revisada con cuidadosa atención.

No podemos terminar esta presentación sin señalar que la presente obra puede muy bien formar parte de cualquier colección de

manuales. No en vano, es el fruto maduro de toda una vida dedicada a la enseñanza y a la dirección espiritual, siempre en constante y continua renovación.

Deseo del editor es que estas páginas sigan aportando luz en los diferentes centros de estudio teológico y de espiritualidad. Será sin duda la mejor herencia que podemos recibir y compartir del gran maestro que ha sido durante décadas el P. Charles A. Bernard.

PRÓLOGO DEL AUTOR A LA PRIMERA EDICIÓN
(1982)

Al presentar esta nueva *Teología espiritual*, me gustaría indicar brevemente al lector los dos motivos principales que me han movido a emprender semejante trabajo.

El primero guarda relación con los cambios que en los últimos decenios han afectado a la investigación teológica. Mientras que la teología escolástica clásica se esforzaba en definir un cuadro teológico completo basado en el empleo de nociones precisas, aptas para poner de relieve las grandes estructuras de la realidad cristiana (Dios uno y trino, la encarnación, la Iglesia, los sacramentos, etc.), la investigación reciente ha buscado atender con mayor fidelidad a la vida cristiana, considerada de forma dinámica. Para ello, ha estudiado la historicidad del misterio de la salvación, la experiencia cristiana, el compromiso moral en la sociedad, etc. Desde el punto de vista metodológico este esfuerzo ha concedido la máxima importancia al estudio de la sagrada Escritura como fuente del pensamiento cristiano y a insistir en la dinamicidad de toda la vida cristiana, así como en su carácter comunitario-eclesial.

No cabe duda de que la teología espiritual, por su misma naturaleza, siempre se ha mostrado más atenta a la realidad concreta de la vida cristiana que a la especulación teológica. Pero hay que reconocer que muchos teólogos espirituales, al intentar seguir el camino seguro de la teología dogmática, se han contentado con sacar directamente de ella las aplicaciones prácticas que constituyen la sustancia de su enseñanza espiritual. Así, la espiritualidad no se

apoyaba en sus principios propios, sino que se hacía dependiente por completo de los planteamientos dogmáticos.

En el presente tratado, por el contrario, he intentado poner de relieve aquellos conceptos propios de la teología espiritual: la noción de vida espiritual, la de experiencia, amén del concepto de progreso hacia la plenitud. Y cuando me he inspirado en las aportaciones de la teología dogmática –algo que resultaba inevitable, dado que la vida cristiana procede de un fundamento sobrenatural que se conoce por medio de la fe y que es iluminado por la reflexión teológica–, he procurado siempre considerarlos en su carácter dinámico y desde su repercusión existencial. Vista en esta perspectiva, la teología espiritual, aun sin adquirir una independencia total, manifiesta una autonomía que puede darle la categoría de una auténtica disciplina teológica en el ámbito de la doctrina cristiana.

El segundo motivo por el que he emprendido la composición de este libro es de orden práctico. No pocos años de enseñanza en la Universidad Gregoriana de Roma me han convencido de que podía resultar útil una nueva presentación de la teología espiritual a todos aquellos que se interesan no sólo por entender la realidad cristiana, sino también por vivirla mejor. En los tratados anteriores se reservaba muy poco espacio a ciertos temas que hoy se consideran muy importantes, como la influencia del ambiente en la vida espiritual, la afectividad, la dualidad hombre-mujer, el simbolismo, la manifestación del Espíritu. En todos estos puntos recojo y pongo al día algunos de los trabajos que he publicado en otros lugares.

Quienes se dedican al estudio de la espiritualidad se darán muy pronto cuenta de la utilidad de una exposición sintética. Pero también quienes se interesan por la ayuda concreta que puede brindarles un estudio más sensible a las exigencias de la psicología moderna encontrarán en nuestro libro numerosas observaciones capaces de iluminar los problemas de la dirección espiritual. Así, por ejemplo, éste es uno de los pocos manuales que presenta un comentario a las reglas ignacianas del discernimiento de espíritus.

El largo trato con los problemas y con los estudios de espiritualidad me han hecho tomar conciencia también de una gran dificultad vinculada a la teología espiritual, dificultad que guarda relación con la tarea de indicar la bibliografía sobre las diversas cuestiones

tratadas (¡ciertamente abundan las publicaciones espirituales!). Por fortuna existen diccionarios que contienen válidas indicaciones bibliográficas; los dos principales, a los que ha de recurrir todo aquel que intente estudiar más ampliamente un tema específico son el *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique* (DSAM), editado en Francia por Beauchesne desde 1937 (todavía incompleto), y el *Nuevo diccionario de espiritualidad* (NDE), publicado en Italia por Paulinas en 1982.

Quizás resulte extraño al lector el hecho de que con frecuencia cite mis publicaciones en materia espiritual. Esta preferencia encuentra una doble justificación: por una parte (lo he insinuado hace poco), muchos de estos temas han sido objeto de un estudio previo personal; por otra, he querido presentar los resultados de mi actividad dialéctica y los argumentos más profundos que sirven de apoyo a mis posiciones.

Antes de entrar en materia, permítaseme presentar las líneas directrices de la presente obra.

El eje de toda la exposición es el concepto de experiencia espiritual. Con esta expresión entendemos la toma de conciencia de la realidad vital inserta en nuestro espíritu (para los cristianos se trata de una realidad sobrenatural que se deriva de la participación en la vida divina) y sostenida por un dinamismo intrínseco que la lleva hasta una actuación cada vez más plena mediante nuestra cooperación libre. ¿Cómo se manifiesta dicha experiencia cristiana? Hay que evitar destacar sólo algunas formas; una verdadera teología espiritual tiene que dar cuenta de la capacidad extraordinaria que tiene esta experiencia de renovarse constantemente y de presentar en cada persona una variedad infinita. Por mi parte, he intentado atender a la totalidad de la experiencia espiritual (en la medida de mis conocimientos), sin excluir la que se desarrolla fuera del ámbito cristiano.

En este ámbito, la experiencia espiritual puede, con todo derecho y sin caer en una tautología, calificarse como experiencia en el Espíritu santo. De esta manera el acento se pone en el aspecto personal de la vida espiritual cristiana: su protagonista es el Espíritu del Padre y del Hijo, que nos conduce al conocimiento de Cristo, infundiendo en nosotros la caridad. Por nuestra parte, cada uno de

nosotros responde a la acción constante del Espíritu, cooperando con el compromiso de toda nuestra personalidad. En este sentido, el lector no se maravillará de que a lo largo de la exposición hagamos referencia al Espíritu santo: lo hallamos al comienzo, cuando imprime su sello a la vida espiritual cristiana; volvemos a encontrarlo en el estudio del misterio trinitario, fuente de toda vida; lo re-encontraremos en la presentación de la caridad; finalmente, en el último capítulo, asistiremos a su función determinante en el perfeccionamiento del desarrollo espiritual. Si tuviera que indicar en pocas palabras el tema central de este estudio, diría con san Pablo: «Si vivimos gracias al Espíritu, procedamos también según el Espíritu» (Gal 5, 25).

Fiel a mi propósito de considerar toda la experiencia cristiana, no he escogido una espiritualidad particular. Esto no impide, como podrá observar fácilmente el lector, que algunos autores me resulten más familiares: por ejemplo Ignacio de Loyola y Juan de la Cruz. Esta opción no es ciertamente casual. Nos permite tratar, en particular, la espiritualidad cristiana prescindiendo de la oposición que muchos vislumbran entre la vida apostólica y la vida contemplativa. Una teología espiritual que no fuese capaz de poner de relieve las riquezas y las exigencias de la una y de la otra fallaría ciertamente en su finalidad de presentar una «inteligencia de la vida espiritual, tal como se vive en la Iglesia; y tampoco respondería a las esperanzas del pueblo cristiano de hoy, en el que se hace sentir un despertar de la espiritualidad tanto apostólica como contemplativa.

Señalemos, además, que la vida espiritual se desarrolla necesariamente en el tiempo, en virtud de un dinamismo que la conduce a través de diversas etapas a su término. Mi discurso ha querido adherirse a este carácter progresivo del camino hacia la plenitud; de este planteamiento se deriva precisamente su característica quizás más original: todas las nociones, lejos de ser tratadas tan sólo en un único lugar, vuelven a aparecer en contextos diversos según el desarrollo espiritual; por consiguiente, su contenido se va enriqueciendo cada vez más y manifiesta aspectos nuevos que, sin embargo, permanecen en continuidad con las acepciones ya estudiadas: por ejemplo, los conceptos de «mística», «vida teologal», «participación en Cristo», «conocimiento espiritual», etc. El lector deberá te-

ner en cuenta esta complementariedad de los diversos capítulos. De todas formas, el índice analítico indicará los lugares principales en donde podrán encontrarse los diversos conceptos.